

- Buenos días, Santiago.
 —Muy buenos, Catalina.
 —Hermosa mañana.
 —Tan regocijante como nuestro amor.
 —¿Ya empiezas?
 —¿Pues de qué hablarte?
 —Entre las últimas palabras dichas anoche, resaltaba la palabra amor.
 —Y la palabra amor también resalta entre las primeras dichas esta mañana.
 —¡Ah!
 —Los labios responden al corazón.
 —Cierto.
 —Esta increíble alameda, tan florida, llueve hojas de flores; y muchas se han pegado á tus cántaros.
 —Como tus palabras á mis oídos.
 —Albaricoqueros, manzanos, perales, ¡cuán olientes y hermosas son esas flores, ya sonrosadas ó ya blancas, adheridas á las ayer secas puntas de sus hoy hinchidas ramas!
 —¿Qué sabes tú de tales árboles? Cuéntamelo, pues nada me distrae tanto como escuchar las consejas por tí referidas largamente de cada piedra, de cada flor, de cada hoja.
 —Pues te lo contaré, y te lo contaré

con verdadero conocimiento de causa. Las he oído de labios de los viandantes que van por mi posada.

—¡Qué arreboles como celajes de sol poniente, las flores del albaricoquero!

—Arbol, que da el don profético.

—¿De veras?

—Yo he conocido un prior, quien, si quería saber algo de lo futuro, se atracaba de albaricoques, y cuanto veía en sueños después del atracón, tomábalo por cosa indudable, imaginando que sucedería sin remedio.

—¿Y el manzano?

—¡Oh! ¡El manzano! Lo sabes mejor que yo. Cuando en la iglesia oyes al pastor leer la Biblia, ya te dice que, por una manzana, oferta de la serpiente, se perdió nuestra primera madre y salimos todos del paraíso terrenal. Cuando, en una encrucijada, ves algún teatro, ya sabes que si ponen argumentos mitológicos, han de recordar que por la manzana del célebre olimpico certamen ardió Troya. Seguramente, al primer jardín imperial ó feudal ó episcopal que te asomes, encontrarás á Pomona, como diosa de las frutas. Para nuestros padres era el manzano árbol de la inmortalidad. Los antiguos dio-

ses en sidra dulce, apagaban su ardiente sed. Los niños, en las encrucijadas de Alemania, cantan el cantar de la cigüeña.

—Es verdad, preguntan en unos versos por tal ave, y al responder ella á los niños en otros versos, dice que vuelve de un divino manzanal.

—Y ya sabes que, según los cuentos populares, las cigüeñas traen los niños á la vida y se llevan los niños, cuando se malogran, en sus resistentes y poderosas alas á los antros de la muerte.

—¡Cuántas veces he oído á los muchachos en sus cánticos pedir á las cigüeñas que vengán del manzanal divino y les traigan manzanas celestiales!

—No así el peral, que á causa de la fragilidad irremediable de su madera, y de lo fácilmente que sus frutos se pudren, tiene un renombre nefasto.

—¿De veras?

—Nuestras leyendas refieren que de las ramas del peral colgó un feroz cazador las cabezas de sus hijos, matándose luego él mismo al pié.

—Ahora caigo, le he oído referir mil veces ese cuento, que me daba escalofríos, á la pobre abuela.

—En cambio el avellano conserva una tradición secular de planta propia para la magia y el amor. Así las buenas hadas, las que quitan el mal de ojo dado por las brujas, navegan como almas invisibles por los océanos atmosféricos en esas tenues cascarillas, para lo cual se visten de tan ligeras gásas, que pueden acomodarse al estrecho y reducido barco.

—¡Cuánto me divierten todas esas historias!

—Pues imagínate las que habré de contarte bajo la chimenea, en las largas veladas de invierno, cuando el viento helado retumba fuera y el fuego doméstico chisporrotee dentro de nuestra cocina, ocupada por las anchas mesas donde brillen los vasos de colores, y las altas sillas donde nos asentemos con nuestras gentes en familia.

Mientras iban departiendo así, llegaron á la fuente, que si bien cercana, parecia en aquel momento alejarse, por el tardísimo paso con que la requerian los dos embebecidos amantes. Catalina descargó el cántaro con tal agilidad y prontitud, que, al precipitarse para sostenerla su novio, ya estaba en tierra, sacudiendo sobre las fosas una lluvia de pétalos, á cuya vista se le acercaron las

mariposas y las abejas, como las miradas y las ilusiones del mancebo; y hurtó el cuerpo fácilmente á aquellas con su flexibilidad maravillosa; pero sin poder hurtar á éstas el alma enamorada y agradecida de la correspondencia vista y experimentada en el respectivo amor de su vehemente Santiago. Bajaron, cogiendo cada cual de su mano las dos asas, una escalera cuyas paredes se hallaban tapizadas de yedra y pámpanos, y á cuya última grada se oía en el misterio y en la oscuridad el sonoro caño de frescas y clarísimas y bullidoras aguas. Nada tan bello como el contraste de los chorros sonantes y móviles con el clarísimo remanso que se forma en el estrecho pilón, ofreciendo á las miradas y á los rostros un espejo. Miráronse los dos jóvenes, y al verse allí dentro y contemplar cada cual sus sendas ardentísimas miradas, se puso Catalina roja como la grana y Santiago pálido como la muerte. No tenían más tiempo de verse por la mañana, que la hora de recoger el agua, y pusieron su cántaro al chorro, dejándolo después de lleno y muy lleno, rebosar y correr á su antojo. Y se miraron de nuevo en las pupilas ardientes, y volvieron á mirarse otra vez en las claras aguas,

diciéndose con los ojos pensamientos que no saben jamás decir los labios.

— ¡Qué felices vamos á ser! exclamó al cabo de algún tiempo el amante.

— ¡Qué felices! repitió la amada como si fuera un eco.

— Yo no comprendo cómo tal número de gentes pone la felicidad ni en el logro de las ambiciones desapoderadas ni en el cúmulo y la copia de las riquezas bien ó mal adquiridas, cuando no hay en la tierra felicidad alguna, sino la de amar y ser amado con toda el alma y por toda la existencia.

— ¡Oh! Así nos amaremos nosotros.

— Vivir dentro de uno solo, ¡qué tristeza!

— Santiago, yo creo que no podría vivir sin ti. Cuando me abandonaras, me moriría de languidez, como se mueren esas mariposas al frío y como se apagan las lámparas sin aceite.

— Poseyendo y gozando el verdadero amor, adquiere la vida una poesía increíble hasta en sus actos más prosáicos y más sencillos.

— Es verdad.

— La mesa en compañía de una persona detestada, ¡qué triste, y á veces qué repugnante! El hogar bajo las dos alas del amor,

¡qué cielo, y qué cielo tan poblado de ilusiones, luminosas estrellas de nuestra existencia!

—Nosotras, sobre todo, las pobres mujeres, ¡oh! ¿qué seríamos sin el amor?

—Y los hombres, si no amamos, caemos en profunda desgracia y nos disminuimos á nuestros mismos ojos y á nuestra misma conciencia como seres deficientes ó incompletos.

—Verdad.

—¡Amor mío!

—Te amo.

—Y yo deseo cada vez con mayor vehemencia nuestro casamiento.

—¡Oh! Ahora mismo hablábamos de las manzanas, Santiago.

—¿Y cómo vuelves á ese cuento? Catalina.

—Te diré.

—Dí.

—Antes no se me había en mi conversación acordado una cosa que ahora se me acuerda.

—Pues dila, y dila pronto, ángel mío.

—En algunos pueblos pintan la doncella como una manzana en el manzano, y la esposa como una manzana en el suelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya lo adivinas.

—¡Oh! No.

—Sí.

—Pues aun cuando lo adivine quiero que tú me lo digas.

—¿No te vas á enojar?

—No. Y si me llegase á enojar...

—¡Oh! No, no.

—Perdona, si me llegase á enojar...

—¿Qué?

—Me se pasaría muy pronto.

—Habrás notado que al hablar de nuestros amores, cuando se llega en las varias incidencias de una conversación tan vivaz al capítulo del casamiento, como acababas de llegar ahora...

—Te callas y esquivas...

—Ya que lo has notado, te confiaré la causa con toda ingenuidad. Temo que no me ames de casado como me amas de novio.

—Te amaré más.

—Permíteme dudarle; y en mi duda preferir la indefinida continuación de este mágico estado.

—No seas tonta. Las ilusiones, los éxtasis, los arrebatos del amor no satisfechos, sustitúyense con facilidad por un cariño más

ordenado, más regular, más continuo; pero también más profundo, y en nuestras entrañas más arraigado y en nuestro corazón más vivo.

— ¡Oh!

— Ya no habrá la serenata en las sombras ni al pié de la reja el aroma de la enramada; pero habrá una noche toda entera para los dos en nuestro lecho y en nuestra alcoba.

— ¡Santiago!

Y los ojos azules de Catalina tornábanse negros y fosforescentes al deseo reprimido por la conciencia, que intenta doménar los fines universales y necesarios del amor.

— Al estar todo el día reunidos bajo la sombra de un solo techo, en el espacio de la misma casa, no creas que van á concluir los desasosiegos que ahora siento, ni las vehemencias que te arrebatan y enajenan el alma.

— ¿De veras?

— Cuando tú estés en una de nuestras habitaciones y yo en otra; cuando me vaya, ó bien al campo ó bien á otras faenas; cuando la viña y el lagar, la posada y sus huéspedes, las necesidades todas de la vida me aparten de ti, ¡oh! tendrás los mismos deseos que ahora tienes y sentirás mis ausen-

cias, aunque habitemos una sola casa, como las sientes, ahora que tenemos dos.

— Pero sabré que vas á volver allí. Me iré á nuestro cuarto y veré tus vestiduras colgadas, como prendas fiadoras de tu vuelta pronta. Y me sentaré á coser el chaleco y el abrigo que has de llevar sobre tu corazón. Y me desviviré por condimentar el manjar que ha de sostener tus fuerzas. Y haré la cama y la mulliré, pensando que allí ha de reposar tu cuerpo...

Y Catalina se detuvo á la temeridad increíble de tal pensamiento.

— Junto al tuyo.

Dijo con prontitud Santiago.

— Calla.

Exclamó Catalina, encarnada como las amapolas.

— ¿Pues no habías dicho que te disgustaba el casamiento, picarilla, por no creerlo tan feliz y amoroso como el noviazgo?

— No me enfades.

— ¡Hola, hola!

— Ya se ve, tú has pintado tan bien el matrimonio...

— ¿Qué?

— Que se diría que habías alguna vez sido casado.

—Celos hasta en una conversación tan placida, y celos por una cosa tan imaginaria.

Y Santiaguillo se dió á reir de contento, con toda su alma.

—Cómo te burlas de mí.

—Cómo me huelgo y regocijo, dijeras mejor, de tu amor. Oyeme lo que voy á decirte, aunque rabies. Nos casaremos pronto, muy pronto. Ya tengo comprado el collar que te has de poner en la boda. Esta mañana misma le he pedido á mi padre su anillo y ya lo llevo al dedo, para que te diga cómo nos unirá eternamente, cual unió á los que me dieron el ser. Y la casa valdrá más que la reja; y el sueño en nuestra cama valdrá mucho más que todas las canciones de todas las serenatas juntas, amor mío.

—Calla, calla. Se hace tarde.

Y Catalina cogió su cántaro lleno, como si cogiera una pluma leve y se lo puso, con ligereza increíble, sobre la redonda cabeza.

Acompañóla Santiago á cierta distancia. El sol, que ya subiera mucho en el horizonte, no había hecho más que aumentar los esplendores y la vida exuberante del campo. Las ortigas, lavadas por el rocío, lucían sus aterciopeladas hojas; las zarzas, llenas

de flores, se prendian á los ramajes henchidos de savia; bajaban los árboles sus copas frondosísimas hasta las humildes flores del suelo y subian las flores sus corolas hacia lo alto, como si quisieran tener alas y volar por el éther; las recién llegadas golondrinas describian espirales con sus negras alas en el aire, y piando á una, formaban el coro, de que los arpegios del ruiñeñor enamorado y oculto, eran como el aria; corría por los troncos abiertos de las seculares encinas la miel, y por los pinos la goma y la resina, ofreciendo alimento á multicolores insectos, parecidos en su brillantez á móvil y alada pedrería; bajaban las palomas, desde sus nidos al remanso y corrían los ciervos por las orillas del torrente; los bueyes mugian contentos del abundoso pasto, metidos hasta los corbejones en el heno, al par que balaban las ovejas tranquilas y retozaban las cabras inquietas; y en el cielo y en la tierra todo parecía, como en el corazón de los dos enamorados, felicidad y amor. Pero de pronto, al paso de Catalina, torvo milano se lanzó sobre una tórtola, y arrancándola feroz al nido, se la llevó en sus garras y la despojó de su plumaje, que corría ensangrentado por el aire, al tiempo que los

caballeros de la comarca, presididos y encabezados por el conde, pasaban ligeros en alegre cabalgata y dirigían á Catalina una mirada, semejante á la que dirigiera el milano á la tórtola, minutos antes de lanzarse cruel sobre su cuerpo. Y Melchor apareció en aquella oportunidad y enseñó á Santiago el ave rapaz, que se ocultaba en los giros del aire, chillando, y la rapaz cabalgata que se perdía, riendo, en la polvareda del camino.

CAPÍTULO V.

EL MILANO.

Al anochecer, las águilas se repliegan por las almenas y las murallas del castillo feudal; y las damas y los caballeros se repliegan á su vez por los salones. El ligero jinete que había visto de lejos, como una ilusión de sus ojos, á la novia de Santiaguillo, era el conde feudal de la comarca, tan célebre por sus crueles tiranías como por sus exaltados amores, y á quien pagaban el tributo de su trabajo todos los plebeyos y el tributo de su amor todas las plebeyas de los alodiales contornos. Llamábase tan terrible personaje feudal conde y señor de Helseinstein, títulos en su sentir bastantes á darle paso hasta el granero y hasta la cama de todos sus vasallos. Inútilmente los pobres apartaban á tan codiciosa vista el mejor corderillo y á tan co-